

al final de la frase, etc; ipero fué esta amplia licencia una escuela de perdición! Habríamos terminado por hacer del castellano un idioma invertebrado y confuso, como el alemán. El *boato* y la *pompa* que censuraba Forner lo han dañado todo. Poco a poco la antigua frase lógica, que una inteligencia mediterránea prefiere siempre, se tornaba en móvil juego de palabras que nuestra aversión a toda disciplina supo adornar, sin embargo, con los hechizos de la música. Volvíamos al latín, pero no para adquirir en él ejemplos de concisión y discursiva elipsis, sino para complicar las líneas del discurso con incidentes y gracias superfluas, con adjetivos sin cuento, con perífrasis de orador que respira fuerte. Toda simetría elegante parecía perdida, y poco a poco también, toda clara música. Pues el flautista que acompañaba al orador antiguo para templar su discurso con un acorde en sordina, no medía ya con el ritmo dórico la breve curva viviente de toda frase humana. Wilde dijo una vez que es preciso escuchar cuando se escribe la música de la sangre; los períodos que no son «respirables», si así puede decirse, no merecen vida. Tratad de leer de un solo aliento ciertos escritores españoles del siglo XIX, y os será necesario jalonar la página con menudas señales para no extraviar la ruta. Es trágica esta afición por lo sombrío. Ariadna, hermana mía, el Minotauro no ha muerto, y vivimos voluntariamente en laberintos. Porque no es complicación del pensamiento esta oscuridad literaria, sino el dandismo verbal de Séneca. Ya Luzán se burlaba en el siglo XVIII de los escritores que llamarán *ettopico licor* a la *tinta*. Un ejemplo clásico me hizo reír en mi juventud: el famoso

En una de fregar cayó caldera.
Transposición se llama esta figura.

Pero ya no me burlo. He observado este gusto umbrío en los más eminentes de mis antecesores, y ¿quién no sintió muy adentro una complicidad perversa con las *Bocas de sombra* o los *Abismos parlantes*, que un grande de España, Víctor Hugo, escuchó, sin duda, de una ventana de mis castillos?...

* *

Me detengo, porque no acabaría nunca con tan amado tema, que requiere un libro entero. ¿Ha podido usted otear, por lo menos, en el paseo, nuestras posiciones atrincheradas? No renegamos del pasado: lo aceptamos «en bloque», pero designando los ascendientes directos, cuya tradición queremos heredar. Estamos convencidos de hablar la lengua más desgarrada, vivaz y dramática, puesto que es la lengua del pueblo de España. El ciego que canta sus *estribillos* antes de toda literatura pulcra; el estudiante de Salamanca o de allende que resucita, merced a Quevedo, para hechizarnos; el lazarillo bonachón que comparte su pan con su escudero, tan orgulloso como hambriento; el bribón democrático y picaresco, atravesando el mundo con su guitarra enlutada; el humilde conquistador que lleva con sus coplas de libertad los derechos del hombre de América; todos los mestizos de español—ochenta millones de un Continente—que creen tener voz y voto, pues el porvenir de la lengua es suyo—tales son, señor mío, mis compañeros—. A ellos debe el castellano el no haber llegado a ser una de esas lenguas sepulcrales cuya belleza empolvada la analiza y descubre, en un día de lluvia, la Academia de Inscripciones de Tejas Abajo....

Sírvase creer, querido maestro, en la perfecta consideración de un hispanista aficionado, su devoto,

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

París, 24 de diciembre de 1922.

La hora que pasa

La araña

Es crudo el invierno. Desde su llegada ha llovido día a día, incesantemente. Los campesinos han parado sus faenas. Los caminos están intransitables. Los granos que nos sustentan se han perdido o ha sido imposible recogerlos. Desde la mañana a la tarde, una cortina cenicienta se cierne sobre el horizonte y el día se va tornando oscuro y triste. La lluvia comienza lenta y cansada y el trueno tabletea en las cordilleras con retumbos que ponen pavor en el alma. Las cosechas están medio perdidas, y la zozobra del hambre muerde los corazones.

Entre una llovizna menuda he salido al campo esta mañana opaca y el verdor riente de la naturaleza, que es como su traje fragante, contrasta con la pena que se advierte en la cara de los hombres del campo. Bordeando un sendero estrecho, en la pared de un barranco deleznable que formó la última lluvia, una araña peluda construyó su agujero tapándolo con una red finísima para proteger la entrada. La malla de este animal paciente se ha cuajado de gotas de rocío que tiemblan a la luz como claros diamantes. De noche, las estrellas se encienden en este pequeño mundo de gotas de rocío, y la araña acaso contempla, abismada en ellas, el fulgor de las constelaciones lejanas. Asaltada mi alma por una mala acción, rompo el tejido que el insecto construyó pacientemente, y al volver a pasar en la tarde, el animalejo tenaz ha reconstruido su malla protectora.

De regreso a la ciudad, sumida en hondas cavilaciones, he aprendido de esta araña sufrida, que la paciencia es una fuerza incontrastable que nos hace sobrellevar en la vida nuestro dolor, único patrimonio positivo en la vida.

Las montañas

Hay días en que contemplando la inmutabilidad de las montañas que circundan la ciudad, me sobrecoge cierta doliente desesperación. Desde inmemoriales milenios siempre en el mismo sitio, recortando el cielo con las mismas líneas de viñeta de aguafuerte, impasibles y serenas en su silenciosa grandeza. Sólo se permiten tener alguna variación en sus colores. Me hacen el efecto de mujeres elegantes que cambian cotidianamente de indumentaria: en las mañanas despejadas ostentan un añil fuerte, en los mediodías abrasadores de sol se atavían con faldellines de un color opalino que les da la calina; en los atardeceres rojos sus faldas adquieren un rosa desvaído; ya en las claras noches manos invisibles dejan caer sobre sus hombros un manto negro recamado de estrellas como el de una *Mater Dolorosa*. En los opacos días de invierno se arrebuja constantemente en un chal de neblinas tristes, y al mirarlas me invade la sensación de un agudo calofrío. Hoy tienen las montañas en sus faldas, como tirado adrede, un gran girón de niebla al parecer inmóvil que va cambiando paulatinamente de formas.

En vuestros silencios impenetrables de millones de siglos, montañas que protegéis la ciudad, habéis oído silbar las tempestades arrasadoras, habéis visto impasibles las caudas brillantes de los cometas viajeros; han envuelto vuestras crestas las neblinas fugitivas; habéis sentido sucederse los inviernos y las primaveras radiantes, y en vuestras cumbres casi siempre empenachadas de blanco soplan vientos de eternidad. Solo vosotras me mostráis con esa serenidad augusta, que nuestro reinado sobre la tierra es tan breve cual el giro instantáneo de una ilusión; que pasamos por la vida sin dejar huellas perdurables, como el vuelo de una ave, cual el rumbo de una nube, como el rastro de una sombra....

BLANCA MILANÉS

San José, C. R., 1924.